

¿POR QUE NO CREEMOS QUE PODEMOS SER SANTOS?

Domingo Rodríguez Zambrana, S.T.

Hemos aprendido que el comportamiento humano nunca se desarrolla en un vacío. Siempre es impactado por múltiples factores. Por ejemplo, por las circunstancias variantes de la historia, por las corrientes de pensamiento que prevalecen en distintas etapas de esa misma historia y por los eventos que se originan sin el consentimiento humano. Existe la conocida teoría del péndulo. Es la que detalla que el ser humano tiende a comportarse en extremos. En lo inevitable de los cambios, una etapa puede distinguirse como conservadora y rígida. Lo que se argumenta es que, a ésta le sigue otra etapa que tiende al extremo de lo contrario, o sea al liberalismo e indisciplina. Añadimos el hecho innegable que todos nos moldeamos desde la infancia por la mentalidad y comportamiento de nuestro Papá y Mamá y el medio ambiente de familia.

Por siglos, por ejemplo, se ha vivido una etapa de gran modestia y privacidad en cuestiones sexuales. La modernidad ha establecido todo un comportamiento contrario. No es poco común, que una pareja de novios actúe a modo inmoral e inapropiado en un parque o lugar público, sin ningún reparo o restricción. La pornografía, por mencionar otro ejemplo bien conocido, es asequible desde cualquier teléfono celular. Los papás y mamás, criados a la antigua, se desesperan ante la insistencia de sus adolescentes que no sean “old fashion”, o sea, a la antigua.

Valga estos comentarios introductorios para ayudarnos a abordar el tema de lo difícil que se nos hace creer que la santidad es posible en nuestros días de posmodernidad. A modo insistente, se nos ha dicho que los seguidores de Cristo, somos todos herederos de una fe judaica. Por ese mero hecho, somos herederos de una espiritualidad de contienda, de lucha interna, de búsqueda insaciable. Desde antes de los tiempos de Cristo, grupos motivados por el hambre de perfección, se aislaban en lugares apartes, con reglas de disciplina, abluciones (baños), ayunos y observancia rígida de la castidad. El grupo de los Esenios es uno de los mejores conocidos. Se rumora que San Juan Bautista pudiese haber pertenecido a ese grupo. Bien conocida es de todos nosotros la contienda que los Evangelios relatan, sobre las confrontaciones que Jesús tuvo contra la hipocresía de los Fariseos y Escribas. Estos maestros y guardianes de la ley se distinguían por su rigidez y legalismo que oprimía al pueblo creyente.

El tema de la santidad, que la *Constitución Lumen Gentium* desarrolla claramente en su capítulo V, ha estado al centro y en el corazón de la Iglesia a través de toda su historia. Los errores doctrinales, las variadas herejías y las condenaciones de los anatemas, son bien conocidas por todos. Es en ese escenario de decadencia, de polémica, de Concilios convocados para corregir errores, que se desarrollaron los grandes movimientos de los fundadores/as de las Órdenes Religiosas, la vida monástica y la gran variedad de vida misionera apostólica. Como resultado, nacen distintos tipos de espiritualidades, por ejemplo, la Carmelita, la Ignaciana, la Franciscana, la Trinitaria, etc. Los Consagrados en la Vida Religiosa, se apropian de la espiritualidad de su Congregación y por su dedicación (o falta de ella), enriquecen o empobrecen el carisma del fundador/a.

Reconozcamos de inmediato, que un gran número de los Laico/as bautizados, hoy por hoy también abrazan esas distintas espiritualidades en su búsqueda de santidad. (Ayer ya mencionamos cómo los distintitos grupos apostólicos en la parroquia influyen grandemente a la vida espiritual de sus miembros).

El reto mayor al cual nos enfrentamos todos nosotros, es de cómo integrar y desarrollar en lo ordinario de nuestras vidas, una manera de vivir nuestra fe, con convicción que transforme nuestra manera de pensar y de vivir. Si hay algo que distingue la pastoral del Papa Francisco es lo práctico de sus cartas encíclicas. La *Evangelium Gaudium* (11/24/2013) y la *Amoris Laetitia* (3/19/2016), son ejemplos concretos. Lo extraordinario de su doctrina es que se aplica a lo que nos toca vivir en lo rutinario de cada día. Escuchen lo que nos dice en el #6 y #10 de la *Evangelium Gaudium*”

“6. Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua. Pero reconozco que la alegría no se vive del mismo modo en todas las etapas y circunstancias de la vida, a veces muy duras. Se adapta y se transforma, y siempre permanece al menos como un brote de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo...”

“10. ...un evangelizador no debería tener permanentemente cara de funeral. Recobremos y acrecentemos el fervor, «la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas [...] Y ojalá el mundo actual —que busca a veces con angustia, a veces con esperanza— pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo”.

Me gustaría abundar en la frase del Papa Francisco donde señala lo de *“evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos...”* Son muchos los elementos que rodean nuestra vida diaria que nos causan tristeza, desaliento, impaciencia, ansiedad y muchos más sentimientos negativos. En lo que concierne nuestra vida espiritual, me gustaría sugerir que lo que origina nuestra inconformidad con nosotros mismos, es mayormente nuestra *“memoria herida”*. Es ese cúmulo de experiencias del pasado, experiencias de pecado, de abandono, de falta de afectividad, de maltrato o rechazo, aún de abuso sexual, que nunca se borran. Ocurre en un momento dado, una experiencia de conversión y hasta lloramos de alegría por lo sublime de palpar la presencia del Amado. Según nos adentramos en lo intenso de la vida del espíritu, vienen los recuerdos de vergüenza, de bochorno y tendemos entonces a dudar si de veras es posible cambiar nuestras vidas.

Me atrevo a comparar la vida espiritual con la experiencia del matrimonio. Los enamorados están tan absortos inicialmente el uno en el otro, que tienden a no tomar en cuenta las faltas en la personalidad de la persona amada. Cuando el amor se va apagando en lo rutinario de la relación, esas faltas se tornan intolerables. Algo semejante nos ocurre en el desarrollo de nuestra vida espiritual. La conversión inicial es tan impactante que no tomamos en cuenta esa memoria herida, esa condición humana, tan frágil, tan limitada. Nos lanzamos con fervor en los brazos del

Amado...nada es imposible (¡parece ser!). En el cansancio de la búsqueda de santidad, ese fervor inicial se pierde y es cuando nos hundimos en la mediocridad, en la “asedia”, en la duda de que de veras podemos vencer nuestras tentaciones y malos hábitos. Caemos en el descrédito de nosotros mismos. ¡Pueblo Santo! Me atrevo decir que éste es el mal más común entre nosotros Sacerdotes y Religioso/as. Y los Laicos no están exentos de caer en lo mismo.

En otras ocasiones aquí con ustedes, he explicado el proceso de la “quemazón” o sea el conocido concepto en inglés como el “burn out”. Brevemente se los comparto de nuevo:

1. Momento intenso de conversión personal – experiencia sublime...
2. Actividad de compromiso intensa; generosa entrega en la oración y apostolado...
3. Comienza una sospecha de cansancio físico y espiritual, pero no se acepta...
4. Etapa de negación, no se acepta ese cansancio...
5. Se comienza a mentir o poner excusas por el no cumplimiento del compromiso inicial..
6. Abandono del compromiso...
7. Se cae en cinismo (no creer que otros todavía pueden continuar con el fervor inicial)

Casi ninguno de nosotros abiertamente reconoce lo que nos ha sucedido. La mejor recomendación que pudiese ofrecerles es de adoptar la práctica de una “revisión de vida” diaria, un examen de conciencia de lo que se vivió durante el día. Una segunda recomendación es la de la recepción del Sacramento de la Confesión frecuente (¿una vez al mes?). Finalmente, otra gran ayuda que no es tan fácil es la de tener un Guía Espiritual que acompañe el proceso de crecimiento y cambio personal.

Concluyo citando al nuestro Papa Francisco en su exhortación navideña a la Curia del Vaticano (12/22/2019):

“No se trata obviamente de buscar el cambio por el cambio, o de seguir las modas, sino de tener la convicción de que el desarrollo y el crecimiento son la característica de la vida terrena y humana, mientras, desde la perspectiva del creyente, en el centro de todo está la estabilidad de Dios”.